

HISTORIA Y MORAL DEL GRADO - XIV

GRAN ELEGIDO, PERFECTO Y SUBLIME MASON



SUPREMO CONSEJO GRADO 33

VV.: HH.:

Este trazado fue realizado en el año 1954 por el I.: y P.:H.: Carlos Cornejo López 33°, y en su memoria he digitalizado su trabajo.

Esc.:H.: Emilio Raúl Ruiz Figuerola 32°

HISTORIA Y MORAL

DEL GRADO 14

GRAN ELEGIDO, PERFECTO Y SUBLIME MASON



Se nos informó en el grado del Real Arco, que el rey Salomón construyó una bóveda secreta, a la cual se aproximaban a través de otras ocho bóvedas o departamentos sucesivos, todos bajo tierra, y al cual conducía un pasaje largo y estrecho desde bajo del sitio; de que la bóveda novena se encontraba inmediatamente debajo del Santo Santuario del Templo; que en ese departamento el rey Salomón tenía sus conferencias privadas con el rey Khurum de Tsur, y el maestro arquitecto **Khurum**; (**“Khurum, llamado (traducido) impropia-mente Hiram, es Khurom, el mismo que Herra, Hermes y Heracles, la personificación de la Luz y del Sol, el Mediador, Redentor y Salvador”**. Albert Pike, Moral y Dogma.) y que después de la muerte de este último, los dos reyes cesaron de visitarla, resolviendo no volver hacerlo hasta que no hubiesen elegido a un hermano para

llenar su vacante; y que hasta ese instante ellos no darían a conocer a nadie la palabra sagrada.

Después que Adoniram, Joabert y Stolkin descubrieron el cubo de ágata y el nombre Misterioso, como lo habéis escuchado, y después de entregar el cubo al rey Salomón, los dos monarcas, después de mucha deliberación, determinaron depositarlo en la bóveda secreta, y permitir a los tres Masones Maestros que lo habían descubierto, a estar presentes, y hacerles conocer lo que significaba la verdadera pronunciación de la palabra inefable, creando un nuevo grado, el último de la Masonería, del Primer Templo, del cual aquellos tres Maestros y ellos mismos deberían ser los primeros miembros, llamándose “El Grado de Perfección” (Shelemoth); y sus recipientes. „Grandes Elegidos, Perfectos y Sublimes Masones”.



Según esto, después de algunos días, se depositó la piedra cúbica de esta manera en la bóveda secreta. Después todos se arrodillaron, y dieron gracias a Dios por sus múltiples manifestaciones dadas a ellos como al pueblo fenicio y hebreo.

Entonces se le dio la correcta pronunciación del nombre sagrado a los tres Maestros, y de esta manera se instituyó el grado de perfección con sus números sagrados, sus signos, palabras y tocamientos; premiándose de esta manera el celo y devoción de Adoniram, Joabert y de Stolkin.

Después que los doce Príncipes de Emeth, los primeros nueve Ilustres Elegidos de los Quince y el Jefe Arquitecto, Zerbal, fueron admitidos a este grado, los nueve Elegidos de los Quince fueron designados para la obligación de guardar la entrada de la bóveda sagrada, colocando al mayor a la entrada de ella, y a los otros en las entradas de las otras ocho, respectivamente. Pero esto hace tiempo que se ha suprimido en nuestras ceremonias; y sólo tres centinelas se necesitan, cada cual con su palabra de pase especial.

La entrada privada a la bóveda secreta fue construida por el Maestro Khnrum, con la ayuda de ciertos Arquitectos y Masones fenicios, los que siendo iniciados de los misterios y habiendo jurado solemnemente guardar el secreto de su existencia, regresaron a sus hogares, y nadie más supo, excepto los dos reyes y aquellos a quienes se les confirió el grado de Grande Elegido, Perfecto y Sublime Masón.

A nadie más se le comunicó la Verdadera Palabra, todos los demás, de grados inferiores, sólo conocían el sustituto, adoptado a la muerte del Maestro, como la palabra de Maestro Masón. Se dice que el templo fue terminado en el año 3000, seis años, seis meses y diez días después que el rey Salomón puso la primera piedra; y su terminación se celebró con la mayor pompa y la más espléndida magnificencia.

Los cimientos, se nos informa en el libro de Malakim, fueron puestos en el cuarto año del reinado del rey Salomón, en el mes de Zif (o Aijar), y el templo se completó en el mes Bul (o Khesvan) del año once.

Fue después de estas ceremonias, y cuando se dedicó el templo (en el mes Ethanim o Tisri) que Salomón confirió este grado a los veinticinco aludidos. Durante tres días dio audiencia a los hermanos.

A aquellos a quienes él confirió este grado, los recibió en la bóveda secreta, exigiendo de cada uno de ellos la solemne promesa de vivir en paz y armonía; de practicar, lo mismo que su difunto Maestro, la caridad y la beneficencia; lo mismo que él, de convertir la sabiduría, la justicia y la equidad como la regla de sus vidas y sus conductas; guardar un secreto profundo respecto a los misterios de este grado,

y de no conferirlo jamás a ninguno que no se hubiera mostrado digno de él, por medio de su celo, fervor y perseverancia; de asistirse mutuamente en sus labores, desgracias, dificultades y calamidades; y de castigar la traición, la perfidia y la injusticia.



Virtus Junxit, mors non separabis

Una vez que habían prometido todo esto, les dio su bendición y les enseñó el arca del pacto, en la que solamente había las placas de piedra que Moisés colocó ahí, en Horeb, cuando Jehová hizo un pacto con los hijos de Israel, al tiempo de salir de la tierra del Mitzraim. El ofreció sacrificios e incienso; se unió a ellos en una libación; y después de abrazar a cada uno y haberles regalado también a cada uno un anillo, como seña del pacto que habían celebrado con la virtud y los virtuosos, confiriéndoles, además, muchos otros honores, les permitió, ya sea quedarse en su corte o ir a viajar por tierras lejanas para buscar conocimientos, a su elección.



Al segundo día dio audiencia a todos los Masones, desde el grado de Maestro hasta los del Real Arco.

Hizo llenar todas las vacantes en los diferentes grados, creadas por la exaltación de los veinticinco hermanos al grado de Perfección y creó muchos miembros honorarios del grado de Gran Maestro Arquitecto y de los otros grados, comprometiéndolos a jamás olvidar los principios del honor, de la rectitud y de la virtud que se les había enseñado en los distintos grados; a vivir siempre en armonía y a auxiliarse y confortarse mutuamente en sus necesidades y desgracias.

Todo esto se llevaba a cabo en el Santo Santuario del Templo.

También les entregó las joyas y decoraciones de los diferentes grados que confirió; y los ligó a todos, por medio de solemnes obligaciones, para ser fieles y discretos guardianes de los misterios de sus respectivos grados, y a no comunicarlos jamás, sino a aquellos que se mostraban dignos de recibirlos; y habiéndoles demostrado otros favores, los invitó a permanecer en su corte, dándoles también permiso para viajar a tierras lejanas, si les parecía conveniente; y a aquellos que eran do Tsur, para regresar a sus hogares.

El tercer día lo dedicó Salomón a los Compañeros Masones y a los Aprendices, elevando a los primeros, encontrados meritorios, al grado de Maestro, y pasando a los últimos, que eran dignos por su fidelidad y obediencia, al arado de Compañero.

Los hizo jurar las mismas obligaciones, y les dio permiso para quedarse en Jerusalén o para regresar a sus hogares, dando órdenes a los intendentes del edificio, de suplirlos con dinero para sus gastos, en caso que quisieran regresar a sus respectivos países.

Después, este gran „Rey, renombrado por su sabiduría, y por mucho tiempo el fiel servidor de Dios, no obstante haber presenciado que la gloria del Señor había llenado la casa de Dios, y que Jehová se le había presentado por dos veces, advirtiéndole de no servir a otros dioses, se volvió sordo a la voz del deber; y, lleno de orgullo soberbio por la gloria que había ganado, vanidoso por su riqueza, intoxicado por las adulaciones, se olvidó de las lecciones que había enseñado a otros, multiplicó el número de sus mujeres y concubinas, entregándose a un lujo indecente y desvergonzado.

Cedió a las zalamerías de hembras lascivas, construyó templos a los dioses de otras naciones, profanamente ofreció incienso, que debía haber sido ofrendado solamente al verdadero Dios en el Santo Santuario del Templo.

Estos actos de su rey y Gran Maestro cubrió de vergüenza a todos los buenos masones y los llenó de aflicción. Muy lejos de seguir su ejemplo, se lamentaban de su fatuidad, se dedicaron a educar a sus propios hijos en los verdaderos principios de la virtud, señalándoles, como advertencia, la vida irregular, desordenada y desvergonzada que llevaba el rey, y como un ejemplo que deberían evitar.

Pero la gente, conducida por el monarca, frecuentaba los templos de los dioses falsos, haciendo sacrificios sobre sus altares y practicando todos los ritos indecentes y obscenos de la veneración a Moloch y Astarte.

Los Masones estaban desde mucho tiempo disgustados de esta invasión del vicio y del mal; pero, encontrando sus esfuerzos infructuosos y acordándose de los castigos que esto había atraído por semejantes excesos y crímenes a sus antepasados, previeron la futura desolación de Jerusalén y la destrucción del Templo, y que los descendientes de los judíos, un reducido pueblo, rodeado de enemigos, entre las dos poderosas monarquías de Egipto y Asiria, iba a espiar en la cautividad los monstruosos pecados de sus padres; y muchos de ellos, entre los sucesores de Salomón, huyeron a otros países para evadirse del desastre inminente.

Ellos fueron forzados a ser extremadamente cuidadosos en la admisión de nuevos miembros en la Orden Masónica, siendo el único mérito para ser recibido las pruebas de calificación; y el Gran Electo, Perfecto Sublime Masón, especialmente, no debía dejar ingresar al grado a ninguno, sino después de largas e insistentes pruebas y que el candidato hubiese demostrado ser digno y meritorio a tan alto honor.

Después de la conclusión del Templo, muchos masones de los grados inferiores, y algunos de los Elegidos, Perfectos y Sublimes Masones se trasladaron a otros países extranjeros. Algunos más les siguieron, después que los excesos del rey se hicieron intolerables; y en pocos años los Arquitectos y los iniciados judíos podían ser encontrados en todas partes del mundo. Ellos admitieron a muchos en la Orden, les hicieron conocer sus verdades y los instruyeron también en sus deberes. Por mucho tiempo fueron sabiamente precavidos para no admitir sino a personas apropiadas, que pudiesen apreciar los verdaderos fines y objetos del Arte Real.

Pero gradualmente los grados inferiores de la Masonería, “**los misterios menores**” sus enseñanzas fueron degradando y los símbolos fueron de tal manera

interpretados para acomodarse a la comprensión vulgar; extendiéndose de tal modo, que la personas eran admitidas sin discernimiento, casi sin investigarla, y se olvidó de que la Masonería no había sido establecida para ser popular, sino para crear una institución selecta y exclusiva. Hombres indignos fueron admitidos, y personas sin méritos se convirtieron en ciegos instructores de los ciegos.

Las ceremonias se convirtieron triviales, y las enseñanzas de las sabidurías de los antiguos sabios fueron reemplazadas por corrientes absurdos. Ya no era ningún privilegio, ni señal de honor, el ser admitido a los misterios menores; las disensiones dividieron a las Logias; la ambición se introdujo en ellas, codiciándose los rangos y los títulos; los secretos fueron vendidos por dinero, y la masonería de la multitud cayó en un merecido desprecio.

Pero los Grandes Elegidos, Perfectos y Sublimes Masones evitaron, estos errores mucho antes. Cuidadosamente escondieron sus secretos ante el vulgo, guardaban estricta vigilancia a la entrada de sus templos y rehusaron multiplicar sus iniciados. Se esforzaron en contrarrestar la decadencia de los grados fundamentales y rehusaron conferir cualquier otro grado superior al de Maestro a aquellos cuya conducta era viciosa y antimasónica.

Pero no pudieron cerrar sus puertas a las innovaciones y a las irregularidades. Los misterios continuaron degenerando, y los abusos fueron epidémicos y contagiosos.

A los candidatos se les admitía meramente para adquirir número o por el interés pecuniario; se conferían los grados muy rápidamente, sin conocer el candidato los principios, ni el trabajo de los grados precedentes; personas de poco intelecto y conocimientos afluían a la Orden; denigrándola al nivel suyo; otros ingresaban por pura curiosidad, desconsiderando por completo sus juramentos las ceremonias frívolas se multiplicaron, se inventaron nuevos grados y grandes agrupaciones de hombres, titulándose ellos mismos masones, alegaban un pretendido conocimiento de la verdadera Palabra, sin poseerla, inventando nuevos ritos, de manera, que el Templo de la Masonería se convirtió en un sitio de contiendas y en una casa de debates.

Esta es la historia eterna del desatino humano, y la ocupación del presente es siempre hacer revalidar las sandeces del pasado. Si lo expuesto es solamente legendario con relación a la Masonería Hebrea, lo es histórico respecto a los misterios, todos los cuales cayeron en decadencia por la desordenada multiplicación de sus iniciados.

Los crímenes y desatinos del pueblo hebreo produjeron sus naturales consecuencias. Inmediatamente después de la muerte de Salomón, su reino se dividió en dos, y diez de las tribus eligieron para sí un rey que no era de su sangre. Israel, bajo los sucesores de Jeroboam, continuó decayendo, hasta que el país fue subyugado y la gente llevada a cautiverio, de adonde jamás regresaron, y hasta estos días no se sabe quiénes son sus descendientes, ni adonde se encuentran.

Los descendientes de Salomón reinaron más tiempo sobre Judea; pero, por fin, en el reinado de Tsadoe Ihu, Nabacadnatzar, rey de Asiria, conquistó Judea y Jerusalén fue destruida por Nabuzaradán, su general; el templo arrasado y los tesoros del templo, incluyendo las grandes columnas de bronce, Yakín y Boaz, junto con la mayoría de la gente, fueron llevadas a Babilonia. Esto tuvo lugar cuatrocientos setenta años después de la dedicación del Templo.

Algunos Grandes Elegidos, Perfectos y Sublimes Masones, dice la leyenda, se habían aún quedado en Jerusalén.

Ellos habían luchado valerosamente en su defensa, y muchos perdieron la vida en las murallas y en las calles, porque el sitio duró mucho tiempo y hubo traición dentro de la ciudad.

Después que la ciudad fue tomada por asalto y se destruyó el palacio y el templo, ellos se recordaron de la bóveda secreta y del tesoro inestimable que contenía; y temieron fuese descubierta y que el tesoro iba a ser saqueado.

Durante el reinado de uno de los sacrílegos descendientes de Salomón, los iniciados habían tapiado el pasaje secreto que conducía del palacio del rey, y habían abierto el descenso original que conducía desde el Santo Santuario.

Reparando las ruinas del templo durante la noche, y evitando los grupos de Tos victoriosos que patrullaban las calles, los iniciados encontraron que el pasaje que conducía a la bóveda de abajo no había sido descubierto todavía, ni que la laja de mármol que la cubría había sido removida; pero sobre ella encontraron el cadáver de Galahad, hijo de Seforis, jefe de los Levitas y un hermano eminente del grado de Perfección.

El había sido encargado de custodiar la bóveda secreta y del cuidado de la lámpara que continuamente ardía sobre el pedestal de alabastro, en el que estaba el cubo de ágata con la inscripción sobre la plancha triangular de oro, la Palabra

Inefable. Este, lo mismo que el Maestro Khurum, que prefirió perder la vida antes que revelar ilegalmente esta palabra, se dejó enterrar por las ruinas del templo caído, antes que fugar y correr el riesgo de que el tesoro sagrado fuese descubierto, y que nunca había sido profanado anteriormente por manos sacrílegas.

Al remover el cadáver, y bajando a la bóveda, borraron las letras sagradas de la plancha de oro, rompiéndola en pedazos, colocaron el cubo de ágata en un rincón de la bóveda, cubriéndolo con escombros, apagaron la lámpara y voltearon el pedestal.

Después ascendieron y pusieron el cadáver de Galahad en la bóveda, colocándolo al lado del pedestal volteado; lo vistieron con sus ropas masónicas, con las insignias y joya de un Gran Elegido, Perfecto y Sublime Masón, representando una ceremonia solemne del sepelio masónico.

Entonces subieron a la superficie, colocaron nuevamente la laja de mármol sobre la entrada y amontonaron sobre ella piedras pesadas y vigas de madera, para que no pudiese ser descubierta hasta que el templo fuese reedificado en el futuro.

Después se separaron, determinando no dar a conocer a nadie lo que habían ejecutado, excepto a aquellos, que después fuesen admitidos al grado de Gran Elegido, Perfecto y Sublime Masón, y no volver a escribir el nombre, pero solamente a darlo a conocer por tradición, y únicamente por las letras, sin jamás pronunciar el nombre total.

Esta práctica fué después observada, cuando se reconstruyó el Templo por permiso del rey Cyrus, y así ha llegado hasta nosotros, confiándose la verdadera pronunciación solamente a aquellos que reciben este grado.

Una vez al año, se asegura, que la palabra era repetida en sus sílabas, dentro del templo, formando los hermanos un círculo con el Gran Sacerdote en el centro, el que repetía las sílabas a uno de los hermanos, el cual, a su vez se las pronunciaba al siguiente, pasando todo el círculo y regresando otra vez el Gran Sacerdote, mientras que se hacía un gran ruido fuera del templo con trompetas y otros instrumentos de música, para que nadie pudiese oír las sílabas sagradas; de esta manera es como su verdadera pronunciación ha llegado a nosotros.



Esta es la leyenda del grado. No sabemos que ella sea verídica en sus detalles. Lo único que sabemos es, que algún nombre se comunicaba cautelosamente en el templo de la manera descrita, pero no sabemos por qué el nombre hebreo de Dios, tan conocido y corrientemente aplicado por los Patriarcas, ha debido ser prohibido el pronunciarlo. Es cierta que su correcta pronunciación no puede ser ahora ciertamente averiguada.

Nosotros sabemos que esta leyenda tiene por lo menos un significado, esotérico. Pero es probable que tenga varios a los iniciados en todos los misterios se le enseñaba la verdadera doctrina respecto al ser, naturaleza y atributos de Dios, la verdadera historia de la creación del universo, la explicación del gran problema de la existencia del sufrimiento y del mal, y la doctrina de la inmortalidad del alma y de una existencia espiritual futura, en la cual continuaría avanzando hacia aquella perfección, de la que este grado no es más que un pálido e imperfecto símbolo.

En el cuidado que tenían de ocultar la Palabra ante sus conquistadores y del vulgo, vemos lo que habitualmente se cuidaba en ocultar estas doctrinas, hostiles, como lo eran, a las idolatrías y teologías de todas las naciones antiguas, y de

exponerlas y desarrollarlas solamente a los pocos favorecidos, que podían ser enrolados en la fila de los Masones de este Grado.

Sería muy provechoso para vos, el considerar las leyendas de éste y del grado precedente, como una alegoría, y de esforzaros en penetrar al fondo de ellas para conocer todo el significado oculto que contienen.

Las cosas más profundas han sido habitualmente ocultadas en leyendas, que parecían sin fundamento y absurdas, y en un lenguaje que se asemejaba a jerigonza, como hacían los alquimistas. Debéis explorar las nueve bóvedas misteriosas, (un número en sí mismo significante y simbólico) con la ayuda de la lámpara de Hermes en vuestra mano.

Después de la destrucción de la ciudad y del templo, algunos de los iniciados hebreos fueron llevados como prisioneros a Asiria, otros se escaparon a Egipto, Persia, Fenicia, Siria, Etruria y a la Indias. Posteriormente, en barcos fenicios penetraron a Inglaterra, Escocia y a Irlanda, como también a otras regiones europeas. En todas partes encontraron los misterios, aún en el Norte helado y a hermanos del lazo místico entre los Magos, Brahaminos, los Druidas, los Hierofantes de todos los países, a los cuales podían darse a conocer como iniciados. A cualquier parte que fueron, llevaban sus propios misterios, sustituyendo, en lugar de las más antiguas leyendas de un Dios o de Héroe asesinado, el nombre de Khurum, asesinado por los tres asesinos simbólicos, cuyos nombres, lo mismo que del Héroe Arquitecto, fueron inventados para ocultar un significado y un dogma.

En todas partes se encomendaban ellos y su Orden a la consideración favorable de príncipes, nobles y pueblos, por la pureza de sus principios, las virtudes que practicaban y los grandes y espléndidos edificios que erigían.

Ellos admitían en su Orden a hombres buenos y leales de todos los rangos y clases, pero tenían mucho cuidado de no permitir, imprudentemente, que el número se multiplicara, de los que ingresaban al grado de Perfección. Haciendo un artífice y trabajador en bronce su tipo del principio del bien, del honor y de incorruptible integridad y lealtad, no consideraban el rango de una persona; pero la virtud, la capacidad y los conocimientos intelectuales, eran la única distinción como prueba de idoneidad, para recibir este grado.

De ellos recibieron los Esenios y su gran instructor, Juan Bautista, sus puras y profundas doctrinas; y Filo aprendió lo mismo en las escuelas de filosofía en Alejandría. Las mismas doctrinas fueron guardadas secretamente por los Brahaminos, los Magos y los Druidas, por Confucio, Zoroastro. Pitágoras y Platón.

El libro de Eclesiastés es una obra de un iniciado, para desviar al vulgo, escondiendo las verdades más elevadas bajo el manto de un materialismo corriente y de un menosprecio sardónico por la vida y naturaleza humana.

Después vino el Cristianismo, haciendo pública gran arte de la doctrina verdadera, enseñando por medio de alegorías y parábolas, emitiendo enigmas que dividían a los hombres en sectas hostiles, y poseyendo sus propios secretos y misterios, sus instituciones y grados sucesivos. Las tradiciones judías y los credos de la filosofía griega del tiempo de Filo y Plotino fueron incorporadas a las creencias cristianas, por aquellos que seguían a los primeros apóstoles y las enseñanzas sencillas y sublimes de su fundador, mayormente tomadas de los antiguos libros hebreos, fueron sobrecargadas de disparates y de embustes. La idolatría de los santos y de las imágenes trajo a la memoria el paganismo de Roma y la veneración de los ídolos entre los sucesores de Salomón.

Cuando las potencias cristianas se unieron para conquistar Jerusalén y la Tierra Santa y quitarles del poder de la luna creciente, los masones, así lo certifican sus tradiciones, por entonces muy numerosos en todos los países cristianos, ansiosos de participar en la empresa gloriosa se enrolaron bajo los estandartes de los distintos príncipes.

Con los jefes elegidos por ellos mismos y solamente conocidos a la hora del combate, actuaban de acuerdo, y fueron los primeros en asaltar las murallas de Jerusalén, y en plantar sobre ellas el estandarte de la Cruz. Los guías cristianos y los príncipes, encontrando que ellos formaban una orden particular en la cual todos, aun los más humildes soldados, se igualaban, buscaron la manera de hacerse miembros de la Orden, y muchos fueron admitidos, y a su debido tiempo adelantados al grado de Perfección.

De esta manera se dio nuevo vigor a la Masonería. Traída por aquellos que regresaron de Palestina, a todos los países, fue protegida por los príncipes cristianos, y se convirtió en un poder en cada nación; en todas partes empeñada en exaltar a la gente meritoria, y es así como ha llegado, por último, a ser justamente temida y cordialmente odiada por todos los tiranos y déspotas, tanto de la Iglesia como del Estado, que abusan de su poder político para oprimir a sus semejantes, en lugar de aprovechar de su posición encumbrada, con el fin de elevar el nivel físico y moral de la humanidad. Las órdenes caballerescas y religiosas se unieron a ella bajo circunstancias peculiares, y de este modo se formaron nuevos grados, y la Orden fue frecuentemente dedicada a nuevos y, a veces, imprudentes propósitos.

En todas partes enseñaba la práctica de las virtudes nobles y heroicas y ha continuado existiendo a pesar de los peligros y de las persecuciones de la confesional y de la inquisición, en medio de las revoluciones y vicisitudes de los imperios, de las caídas de las dinastías y derrocamientos de los tronos.

La Masonería cruzó el océano, llegando a América, con aquellos que fueron los primeros en rozar los primitivos bosques, formando su nuevo hogar en el cual pudiera, recobrar todas sus glorias antiguas. Sometida a muchos cambios en fórmulas y ceremonias, se dividió en diferentes ritos, de más o menos grados, practicados en todos los países, los más modernos confeccionados en el nuevo mundo; pero los principios cardinales de la Masonería han quedado inalterables en todos los ritos. Hagamos votos, queridos hermanos, porque continúe así, hasta que el tiempo no exista más.

Toca a cada Masón buscar individualmente los secretos de la Masonería, meditando sobre el significado de sus símbolos, y considerando sabiamente, por medio del análisis, lo que se dice y hace durante el trabajo. La Masonería no inculca sus verdades ella las expone única y concisamente; o las insinúa nada más; o interpone un velo entre ellas y la vista que sería deslumbrada por esas verdades. Busca y encontrarás el conocimiento y la verdad.

El objeto práctico de la Masonería es, el mejoramiento físico y moral y el perfeccionamiento intelectual y espiritual de los individuos y de la sociedad. Ninguno de estos objetos se puede alcanzar, sino por medio de la diseminación de la verdad. La falsedad de las doctrinas y la falacia de los principios son las causas principales de las miserias de los hombres y las desgracias de las naciones. La opinión pública rara vez tiene razón en cualquier punto; y hay, y siempre habrá verdades importantes para sustituirlas en esa opinión, en lugar de muchos errores y de absurdos y perjudiciales prejuicios.

Hay pocas verdades que la opinión pública no haya aborrecido y perseguido cómo herejías; y muy pocos errores que no le hayan alguna vez parecido verdades radiantes de la presencia inmediata de Dios. Hay enfermedades morales también, del hombre y de la sociedad, cuyo tratamiento no sólo requiere intrepidez, pero también, y aun más, prudencia y discreción; porque ellas son más bien el fruto de falsas y perniciosas doctrinas morales, políticas y religiosas, que causadas por inclinaciones viciosas.

Muchos de los secretos masones se manifiestan, sin que se les pronuncie para ser revelados, para aquel que aun parcialmente los comprende en todos los grados

en proporción que los va recibiendo; y particularmente en los grados del Rito Escocés Antiguo y Aceptado. Este Rito alza una punta del velo, aún en el grado de Aprendiz; porque en él declara que la Masonería es un culto.

La Masonería labora para mejorar el orden social, iluminando la mente de los hombres, calentando el corazón con el amor de lo bueno, inspirándolo con el gran principio de la fraternidad humana y requiriendo de sus discípulos de que su lenguaje y acciones se conformen a aquel principio, que deberán iluminarse mutuamente, controlar sus pasiones, aborrecer el vicio, y compadecer al hombre vicioso como a un ser afligido de una enfermedad deplorable.

Ella es la religión universal, eterna e inmutable, tal como la implantó Dios en el corazón de la humanidad universal. Ningún credo ha sido de larga vida que no haya sido fundado sobre estos principios. Ella es la base, y ellos son la superestructura.

- “Religión pura y limpia ante Dios y el Padre es esta, visitar a los huérfanos y viudas en sus aflicciones y quedarse inmaculado del mundo.”
- “¿No es este el lazo que yo he contraído disolver las amarras de la iniquidad, aliviar los pesares enormes, y libertar a los oprimidos y romper todo yugo?”

Los ministros de esta religión son todos Masones, que la comprenden, y son sus devotos; sus sacrificios para Dios son todos buenos, los sacrificios de las bajas y desordenadas pasiones, el ofrendar sus propios intereses en el altar de la humanidad, todos éstos son perpetuos esfuerzos para alcanzar toda la perfección moral que el hombre es capaz de obtener.

El convertir el honor y el deber en faros que lo conduzca a uno a través de los mares tempestuosos del tiempo; el hacer todo lo que es correcto, no porque le proporcione a uno el éxito, o que haga obtener una recompensa, o para ganar el aplauso de los hombres, o porque es el mejor plan, más prudente o más recomendable; pero sí porque es correcto y por eso debe hacerse; combatir incesantemente contra el error, la intolerancia, la ignorancia y el vicio, y sin embargo, compadecer a aquellos que yerran, el ser tolerante aún con los intolerantes, enseñar al ignorante, y el esforzarse en redimir al vicioso, son algunos de los deberes de un Masón.

El mundo entero no es más que una gran república, de la cual cada nación representa una familia y cada individuo un hijo. La Masonería sin detraer de ningún modo las diferentes obligaciones que la diversidad de los estados requiere, tiene la

tendencia a crear una nueva gente, que, compuesta de hombres de muchas naciones y de diferentes idiomas, sean unidos por los lazos de la ciencia, la moralidad y la virtud.

Esencialmente filantrópica, filosófica y progresista, tiene como base de su dogma una creencia firme en la existencia de Dios y de su providencia, y en la inmortalidad del alma; y como objetivo; diseminar la verdad moral; política, filosófica y religiosa; como también la práctica de todas las virtudes. En todas las edades su divisa ha sido:

LIBERTAD, IGUALDAD y FRATERNIDAD,

con un gobierno constitucional, ley, orden disciplina y subordinación a la autoridad legítima **-GOBIERNO** pero no **ANARQUÍA**.

Pero la Masonería no es ni un partido político ni tampoco una secta religiosa. Ella abarca todos los partidos y todas las sectas para formar de entre ellas una asociación fraternal vastísima. Reconoce la dignidad de la naturaleza humana, y el derecho del hombre al grado de libertad al cual se puede adaptar; y no conoce nada que pueda colocar a una persona inferior a otra, salvo la **IGNORANCIA, ENVILECIMIENTO y CRIMEN**, y la necesidad de subordinación a la autoridad legítima.

Cuando el despotismo y la superstición, poderes gemelos del mal y de la obscuridad, reinaban en todas partes y partían invencibles e inmortales, la Masonería inventó, para evitar persecuciones, los misterios, es decir, la alegoría, el símbolo y el emblema, y trasmitía sus doctrinas por el mundo secreto de la iniciación. Ahora, reteniendo sus antiguos símbolos y en parte, sus antiguas ceremonias, despliega su estandarte en todos los países civilizados, sobre el que con letras luz refulgente están inscritos sus grandes principios; y se sonríe ante los mezquinos esfuerzos de reyes y papas para terminarla con excomuniones y prohibiciones.

Todos nosotros cometemos errores, pero no de la misma calidad. Nuestros acariciados dogmas de cada uno de nosotros no son, como contentos suponemos, la pura verdad de Dios; sino simplemente nuestro especial modo de errar, nuestras conjeturas sobre la verdad, los rayos refractados y fragmentarios de la luz que han caído sobre nuestras mentes. Nuestros sistemas pequeños tienen su época y dejan de existir; ellos son nada más que rayos interceptados de Dios; y Dios es más que ellos. La verdad perfecta no se puede encontrar en ninguna parte.

Llamamos a este grado el de Perfección; y sin embargo lo que enseña es imperfecto y defectuoso. Pero no por esto debemos nosotros cejar en nuestra investigación de la verdad ni tampoco tranquilamente consentir en el error.

Nuestro deber será siempre, continuar adelante en la investigación porque, aunque no podamos adquirir la verdad absoluta sin embargo la cantidad de error en nuestros conceptos es capaz de una progresiva y perpetua disminución.

Y así es como la Masonería se convierte en una continua lucha por la verdad. Todos los errores tampoco son igualmente inofensivos. Lo que es más perjudicial es, sostener una concepción indigna de la naturaleza y de los atributos de Dios; y esto es lo que la Masonería simboliza por la ignorancia de la Verdadera Palabra.

La verdadera palabra de un masón no es la entera, perfecta y absoluta verdad respecto a Dios; pero si es la concepción más elevada y más noble de Él, tal como se la puede imaginar nuestra mente y esta PALABRA es inefable, porque un hombre no puede comunicar a otro su propia concepción de la Divinidad; ya que la concepción de Dios de cada persona debe estar en proporción a su cultivo mental y a sus poderes intelectuales, y a su desarrollo moral. Dios es, tal como el hombre lo concibe, la imagen refleja del propio hombre.

La Masonería, alrededor de cuyo altares se pueden reunir como hermanos los sucesores de Cristo, los judíos, los musulmanes, los brahminos y los sucesores de Confucio y Zoroastro, y juntarse en oración al único Dios, que se encuentra colocado sobre todos los Baalims, debe dejar a cada uno de sus iniciados el buscar el fundamento de su fe, y a la esperanza de las escrituras de su propia religión. Para ella misma encuentra aquellas verdades suficientemente definidas que se hallan inscritas por el dedo de Dios en el corazón del hombre y en las páginas del libro de la naturaleza.

Las miras sobre religión y el deber alcanzadas por las meditaciones de los hombres de estudio, confirmada por la lealtad de los buenos y sabios, señaladas como esterlinas por la respuesta que encuentran en toda mente incorrupta, se encomiendan a los masones de todos los credos, y pueden ser buenamente aceptados.

El masón no pretende una certeza dogmática, ni tampoco se imagina vanamente que esa certeza sea accesible. El considera que, si no hubiera revelaciones escritas, podría hacer descansar las esperanzas que lo animan, y los

principios que lo guían, sobre las deducciones de la razón y sobre las convicciones del instinto y de la conciencia.

Él puede encontrar un seguro fundamento para sus creencias religiosas, en estas deducciones del intelecto y en las convicciones del corazón.

Porque la razón le prueba a él la existencia y los atributos de Dios; y aquellos instintos espirituales que él siente, son la voz de Dios en su propia alma, infunden en su mente una sensación de su relación hacia Dios, una convicción de la beneficencia de su Creador y Conservador, y la esperanza en una vida futura; y tanto su razón como su conciencia le señalan, inequívocamente a la virtud como el bien más elevado, y como a la meta, y al propósito de la existencia del hombre.

Para el masón, Dios es nuestro Padre en el cielo, y el ser sus hijos especiales es la recompensa suficiente de los pacificadores; contemplar su rostro, la esperanza mayor de los puros de corazón; que está siempre dispuesto a fortalecer a sus verdaderos adoradores; a quien debemos nuestro más ferviente amor, nuestra más humilde y paciente sumisión; cuya adoración más aceptable es un corazón puro y misericordioso y una vida beneficiosa; en cuya constante presencia vivimos y actuamos, a cuya misericordiosa disposición nos sometemos por medio de aquella muerte que esperamos y creemos no es más que la entrada a una vida mejor; y cuyos sabios decretos prohíben al hombre replegar su alma en un elíseo de mera satisfacción indolente.

Al verdadero masón no le importa que su nombre sea inscrito sobre el óbolo que pone en el tesoro de Dios. A él le basta saber de qué, si ha laborado con pureza de propósitos, en cualquier causa buena, él ha debido contribuir a su éxito; que el grado al que ha contribuido a ello es cuestión de ínfima importancia; y aún más que la conciencia de haber contribuido de esa manera, aunque sea obscura e inadvertidamente, es suficiente, aunque fuese esta la única recompensa.

Dejad que cada Gran Elegido, Perfecto y Sublime Masón acaricie esta fe. Este es un deber. Ella es la brillante e inextinguible luz que ilumina dentro y a través del pedestal simbólico de alabastro, sobre el que descansa el cubo perfecto de ágata, símbolo del deber, inscrito con el nombre divino de Dios.

Aquel que siembra y cosecha industriosamente, es un buen laborero y es digno de su salario. Pero aquel que siembra lo que será cosechado por otros, por aquellos que no conocerán ni les importa el sembrador, es un laborero de orden más noble y digno de una recompensa más excelente.

El masón no dogmatiza, pero sosteniendo y expresando sus propias convicciones, deja a todos los demás el hacer lo mismo; y sólo espera que llegue el momento aun después de transcurrir edades, cuando todos los hombres formen una gran familia, y solo una ley, la ley del AMOR, gobierne todo el universo de Dios.

Podéis creer lo que queráis; si el universo no está para vos sin un Dios, y si para vos el hombre no es como la bestia que fenece, pero que posee un alma inmortal, sois bien venido entre nosotros, para llevar, como lo ostentamos nosotros, con humildad y consciente de vuestros deméritos y fallas, el título de Gran Elegido, Perfecto y Sublime Mason.

